

1

A Mauro le pareció muy liviana aquella urna que contenía las cenizas de su padre y que le recordaba un florero con tapa. Se la había entregado un hombre de la funeraria, muy amable y con grandes mofletes sonrosados, que antes le había hecho firmar un documento que ni siquiera leyó. Con una familiaridad que le resultó casi auténtica de tan ensayada, le transmitió sus más sinceras condolencias dándole una palmadita en la espalda y manteniendo en su mirada el difícil equilibrio entre compasión y esperanza. Ya estaba. El ritual de la muerte había llegado a su fin con los restos incinerados y triturados de su progenitor. Calculó que su padre había quedado reducido a unos cinco kilos de polvo dentro de una bolsa negra de plástico, oculta en una urna dorada. Como si a algo tan gris hubiera que ponerle brillo. No le encontró poesía al momento. Tampoco dolor. Ni siquiera tristeza. Tal vez algo de alivio que sólo él podía entender.

Subió las escaleras hasta su casa con el recipiente bajo el brazo. Vivía en el piso situado justo encima de la pequeña librería de barrio que regentaba. El edificio estaba formado únicamente por el local comercial y su casa. Era una construcción de finales de los años setenta que había quedado encajonada entre modernos edificios de pisos con fachadas de ladrillo y aparatos de aire acondicionado profanando la cuidada estética. Todo en Mauro parecía estar fuera de lugar, como si perteneciera a otra dimensión temporal, incluida su casa.

Aunque había un silencio incómodo entre ellos, Mauro no estaba solo. Olvido se había empeñado en acompañarle todo el tiempo que había pasado en el tanatorio y había insistido en no dejarle hasta que no estuviera en casa. «Nadie debería pasar solo por un trance así», le había dicho. A Mauro, aquella actitud un tanto maternal de su amiga Olvido le incomodaba un poco. Hacía mucho tiempo que había hecho un pacto con la soledad y no le molestaba,

pero en aquella ocasión, y dadas las circunstancias, había preferido no discutir, especialmente porque les acompañaba también Cristina, la hija de Olvido. A sus cinco años, la pequeña Cristina no terminaba de entender por qué el tío Mauro estaba tan serio y por qué su madre la había regañado por corretear por los pasillos de aquel sitio tan grande y frío que habían visitado, donde todo el mundo lloraba y estaba triste, a pesar de los colores tan bonitos que tenían las vidrieras cuando entraba la luz del sol.

Olvido y Cristina eran la familia que Mauro nunca había tenido, la que la vida le había prestado, sin poder formar parte de ella, sin poseerla. También eran las únicas personas que le quedaban ahora que su padre había muerto, sin contar a su madre, de la que Mauro desconocía su paradero, aunque tampoco le importaba. Olvido lo era todo para él y al mismo tiempo no era nada. Era la mujer más importante de su vida sin dejar de ser sólo un anhelo, un sueño inalcanzable que, cuando las noches eran demasiado largas, le atormentaba y se volvía pesadilla, un deseo incumplido pintado de frustración. Pero Olvido le había dado a Cristina, la hija de otro que sentía como propia, a pesar de que ella sólo le llamara «tío». Por una sonrisa suya, Mauro hubiera vendido su alma al mismísimo diablo.

Con la mano derecha, Mauro buscó las llaves de casa en el bolsillo de su pantalón mientras apoyaba la urna en el lado izquierdo de su cadera. Sonaron metálicamente y el ruido desperezó a Jacinto, el loro de Mauro, que comenzó a gritar como hacía siempre, desde dentro de la casa: «¡Policía! ¡Policía! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!». Cristina reprimió unas risitas tapándose la boca. Intuía que aquel no era un buen día para reírse.

—Bueno, muchas gracias por acompañarme —dijo Mauro justo antes de meter la llave en la cerradura, invitando a Olvido a marcharse de una forma un tanto descortés. No estaba de humor.

—¿No me vas a invitar a pasar? Puedo prepararte un té, hacer-te algo para comer, no sé, tal vez te apetezca hablar... —Miró el reloj de su muñeca izquierda—. Es pronto todavía. Tengo una hora antes de prepararle el baño y la cena a esta pequeñaja. —Le atusó el cabello a Cristina con una alegría postiza.

—Tío Mauro, ¿me dejas ver a Jacinto? —Cristina lo miró con una dulzura infinita, pero Mauro no se dejó vencer. Quería estar solo.

—Ahora no, cariño —contestó poniéndose en cuclillas para estar a su altura—. El tío está muy cansado y si te pones a jugar con Jacinto, luego no me va a dejar dormir. Ya sabes que es un charlatán. —En el rostro de Cristina se dibujó una decepción sincera que casi hizo sucumbir a Mauro—. Mañana, si quieres, vienes y juegas con él. Le leeremos un cuento. ¿Te parece bien? Ya sabes cuánto le gusta que le contemos historias, ¿verdad?

—Uno de piratas, que son sus preferidos. —La pequeña sonrió conforme.

—Uno de piratas. Prometido. Elegirás el que tú quieras de la librería y se lo leeremos juntos. Estoy seguro de que ahora mismo ya podrás leérselo tú solita, ¿a que sí? —Mauro le guiñó un ojo de manera cómplice.

—Sí —repuso Cristina con una gran sonrisa—. Ya casi sé leer del todo. ¿A que sí, mami? —Olvido asintió con la cabeza, orgullosa.

—Eres una chica lista. Algún día, todos los libros de mi librería serán para ti.

—¿Todos? —preguntó Cristina con asombro—. ¿Y no venderás ninguno a nadie?

—Si viene alguien a comprarme un libro le diré que son de Cristina, la niña más lista y guapa del mundo, y que se vaya a otra librería a comprar. Pero serán tuyos con una condición.

—¿Cuál?

—Me tienes que prometer que te los leerás todos.

Cristina frunció el ceño. Le pareció una promesa difícil de cumplir, pues se le antojaban millones de libros los que había en las estanterías de la librería de su tío Mauro.

—No sé si podré, tío Mauro. Pero te prometo intentarlo.

—Con esa promesa me vale. Cuantos más libros te leas, más lista serás.

—¿Y sabré escribir libros como tú? ¿Algún día me enseñarás? —A Mauro se le ensombreció el rostro, pero intentó disimularlo.

—Claro que sí, mi amor. Te enseñaré lo que tú quieras...

—Vamos, Cris —les interrumpió Olvido—. Es hora de irse a casa. Hay muchos días para jugar con Jacinto y muchos días para leer libros e inventar historias. Dale un beso a tío Mauro. —Cristina obedeció y, tras recibirlo, Mauro se levantó. Casi se le habían

dormido las piernas de estar en cuclillas—. ¿Me llamarás si necesitas algo?

—Por supuesto.

Ambos sabían que no lo haría, que Mauro era un hombre que se sentía cómodo en su soledad y que, si bien su mundo eran las palabras, siempre había preferido el papel para escribirlas o leerlas, y así no tener que verbalizarlas. Pero a los dos les bastó con el compromiso de saber que se tenían el uno al otro si se necesitaban. Y con aquel compromiso se despidieron.

El olor a tabaco de pipa que fumaba su padre le sacudió al entrar en casa, a pesar de que hacía más de un mes que nadie la encendía. Durante todo ese tiempo su padre había estado en el hospital, aguardando su muerte. Era una vieja pipa de coleccionista, hecha de espuma y con boquilla de ámbar, fabricada en París a finales del siglo XIX. Se la había regalado un general luso hacía mucho tiempo, y Ramiro la había cuidado como un tesoro, incluso más que a su hijo. Ahora la pipa también estaba huérfana.

—*Mauro, jeres un inútil! ¡Inútil!* —gritó Jacinto desde su jaula, situada al lado de la ventana del salón para que le diera el tímido sol de invierno.

Aquellas habían sido las primeras palabras que el loro había aprendido de tanto oírse las a Ramiro, el padre de Mauro. Las soltaba una y otra vez en cuanto aparecía en su campo visual. Pero a Mauro ya no le afectaban. Las había escuchado tantas veces, que se había hecho inmune al dolor que al principio le producían. Había intentado reeducar a Jacinto, pero finalmente había desistido. Los malos hábitos parecían grabarse a fuego también en los animales. Así que hacía ya tiempo que se había acostumbrado a que Jacinto le gritara que era un inútil, como lo había hecho su padre tantas otras veces, o a que exaltara la dictadura española gritando: «*¡Arriba España! ¡Viva Franco!*».

Depositó la urna sobre la mesa del salón y abrió la ventana de par en par a pesar del frío. Necesitaba aire fresco.

—¿Quieres salir un rato? —le preguntó a Jacinto, que llevaba en la jaula todo el día, cuando normalmente deambulaba libremente por la casa. Jacinto respondió ondulando su cuerpo de alegría como si estuviera bailando salsa.

Abrió la jaula y, con un aleteo sonoro, el loro se posó directamente en su cabeza. Mauro no tenía miedo de que se escapara por la ventana, porque nunca lo había intentado en sus dieciocho años de vida. Como mucho, se posaba en el marco de la ventana como un viejo viendo pasar la vida, y gritaba «¡Moza, si me pillaras más joven...! ¡Moza!» a las chicas que pasaban por la calle. En cierta manera, Mauro se sentía un poco como Jacinto. A sus treinta y cinco años nunca había sido capaz de escapar de su propia jaula pese a tener la llave. Ahora, sin su padre en casa, se sentía igualmente encerrado pero sin carcelero.

Con Jacinto sobre su cabeza, puso un poco de agua a hervir en un cazo. Necesitaba algo caliente. Pensó que una sopa de sobre le recompondría un poco el cuerpo. Poco más sabía prepararse. Un mes durmiendo en la butaca de un hospital y una noche de velatorio le hacían sentir como un trapo sucio. Después fue a cerrar la ventana. Agradecía el aire fresco pero hacía demasiado frío. Además, a pesar del viento helado que se había colado, no se había amortiguado ni un ápice el olor a tabaco de pipa en la estancia.

—Habrás que pintar la casa —anunció a Jacinto, que era con quien hablaba cuando estaba solo—. Las paredes y los techos están ennegrecidos y las cortinas huelen a esa mierda que fumaba el Teniente —dijo con repulsión.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡A sus órdenes, mi General!

Miró de reojo la urna que seguía sobre la mesa, como si temiera que su padre pudiera escucharle y recriminarle aquella forma de hablar. Por un momento pudo sentir la mirada inquisidora de unos ojos que ya eran polvo.

Jacinto le iba picoteando el escaso pelo que todavía conservaba en la cabeza mientras se dirigía a la cocina. Su aspecto de hombre anodino se reflejó en el espejo del pasillo y no pudo evitar mirarse de reojo. Tenía los ojos hundidos en un agujero infinito y su boca, a la que apenas habían besado por placer, era una línea lánguida con cierta tendencia a curvarse hacia abajo por las comisuras. También su nariz era pequeña. Parecía haber sido concebido con la escasez de un deseo inexistente, y todo en él era justo, limitado. Tal vez por eso siempre parecía triste, incluso cuando estaba alegre, que normalmente era cuando Cristina le abrazaba o le dedicaba una sonrisa. Sus manos eran pequeñas, casi de aspecto

infantil. Dedicó algo más de tiempo a contemplarlas. Al fin y al cabo de aquellos dedos salían historias increíbles, tecleadas en un viejo portátil que hacía más ruido que una cafetera. Las miró fijándose primero en las palmas. Echó en falta que no hubieran sentido nunca el tacto de la piel cálida de Olvido, y que se hubieran tenido que conformar con pieles frías que se vendían por necesidad. Tenía las palmas de las manos finas y blanquecinas, surcadas por líneas que, según decían, significaban el rumbo de su vida. Tal vez su vida no tenía rumbo, pensó, y hubiera debido tener unas palmas sin líneas, o con una sola línea en espiral, tal y como se sentía. Abandonó ese pensamiento y giró las manos. Se mordía las uñas. Y aunque no le gustó mirarlas, eran parte de su instrumento de trabajo, como el cincel para el escultor o el pincel para el pintor. Ningún escritor que se precie de serlo reniega de sus manos, y si había alguna certeza en la vida de Mauro, esa era sentirse escritor por encima de cualquier cosa.

Escuchó el gorgoteo del bullir del agua y dejó de analizar su cuerpo en el espejo, intentando restarle importancia a su apariencia de hombre pequeño y poco agraciado. Se dijo que él también acabaría como su padre, siendo un puñado de polvo del que alguien tendría que deshacerse.

La sopa hizo algunos grumos que flotaron en el agua y Mauro los aplastó contra las paredes de la taza con una cucharilla, mientras se acomodaba en una de las sillas del comedor, frente a la urna de su padre. Jacinto bajó de su cabeza y buscó un hueco en su hombro izquierdo. Mauro dio un primer sorbo a la sopa y se quemó la lengua.

—¡Mierda! —gritó.

—¡Mauro! ¡Eres un inútil! ¡Inútil!

Sabía que Jacinto decía aquellas cosas sin intención, pero esta vez no pudo evitar replicarle.

—¡Cállate! Ya no está el viejo para reírte las gracias. ¿Ves eso? —Señaló con la taza la urna dorada que tenía enfrente—. Ese es Ramiro Santos. ¡El gran Ramiro Santos! —exclamó con voz grandilocuente—. Teniente del Ejército del Aire, con ínfulas de General, para servir a la patria. Un militar al que le dieron la patada en el culo cuando se partió la pierna por tres sitios haciendo prácticas de paracaidismo. ¡El muy idiota!

—*¡Arriba España! ¡Viva Franco!* —clamó Jacinto.

—Los dos tenáis algo en común, ¿sabes? Tú también tienes una pata jodida como el viejo —masculló, y soltó una carcajada cínica—. A lo mejor por eso tú tampoco sales a volar. Ahora que lo pienso, tiene su gracia. Un paracaidista en tierra firme y un pájaro que no vuela... —Y volvió a reír sin alegría.

Jacinto era un loro *Electus roratus*. Un macho de bonito plumaje verde con pinceladas azules y rojas en las alas, pero con una pata atrofiada por una malformación congénita. Tras retirarse del Ejército, el exteniente Ramiro Santos había montado una tienda de animales en el local de debajo de su casa, donde ahora estaba la librería. Un pequeño negocio que diera para completar la pensión. Mauro todavía era un niño por aquel entonces y tener una tienda de animales fue el mejor regalo que podía haberle hecho su padre. Los adoraba y, como hijo único criado en solitario por su padre, un hombre recto y dictatorial, tenía poca vida social fuera de las horas del colegio, por lo que los animales eran sus amigos. Pero pronto aquel paraíso se convirtió en un infierno. La falta de sensibilidad de Ramiro hacia las criaturas con las que comerciaba transformó el bajo comercial de su casa en una tienda de los horrores, donde los cachorros enfermaban y morían sin la más mínima compasión.

—¡No debes encariñarte con ellos! ¿Me has oído? ¡Eres tan blando como tu madre! —le gritó un día que lo sorprendió llorando. Dos crías de gato habían muerto y yacían, junto a otros tres cachorros de una misma camada, dentro de una jaula llena de excrementos. Mauro tenía nueve años.

—¿Puedo enterrarlos? —preguntó entre hipos y conteniendo con dificultad el llanto.

—¿Enterrarlos? —El Teniente le lanzó una mirada incrédula y censuradora—. ¡Claro! ¡Y si te parece llamo al señor obispo y que les oficie una misa de difuntos!

Ramiro Santos abrió la jaula e, ignorando los agudos maullidos de hambre de los gatitos vivos, cogió con desprecio los cuerpos de los animales muertos. Se dirigió a la trastienda cojeando pero con paso marcial y abrió una pequeña puerta de cristal que daba al pa-

tio de luces. Levantó la tapa de un enorme cubo de basura negro que había en una esquina, junto a un sumidero, y los tiró dentro como un desperdicio más.

—Lo que ya no sirve se tira a la basura. ¿Lo has entendido? —le dijo al pequeño Mauro, que lo miraba con los ojos ahogados en lágrimas imposibles de reprimir—. Estamos aquí para vender animales, no para compadecernos de ellos. Si no te gusta, pronto tendrás edad para largarte como hizo tu madre. ¿O acaso ella se compadeció de ti?

A partir de entonces, Mauro dejó de preguntar qué pasaba con los animales que de un día para otro ya no estaban en sus jaulas a la vuelta del colegio. Le gustaba pensar que todos se vendían y que eran felices en sus nuevos hogares, con familias que los querían y niños con los que jugar. Pero lo cierto es que, a veces, el hedor de aquel cubo de basura subía hasta la casa, especialmente los calurosos meses de verano, y Mauro no podía evitar imaginar cuántos animales muertos habría allí dentro. Tenía pesadillas pensando en sus pequeños cuerpos devorados por los gusanos. Aunque el calor fuera insoportable, prefería dormir con la ventana de su cuarto bien cerrada para que aquel nauseabundo olor no le acompañara en sus sueños. Muchas veces se despertaba porque le daban arcadas que no podía controlar. Por eso, a muy temprana edad, cuando los niños comienzan a descubrir a qué huele el perfume de su madre, las mañanas de verano regadas por el rocío, el *aftershave* de su padre, el chocolate caliente o el pan recién horneado, él ya había descubierto a qué huele la muerte: a hedor amargo mezclado con tabaco de pipa.

—*¡Cuéntame un cuento! ¡Cuéntame un cuento!*

Jacinto lo sacó de sus pensamientos. Volvió a sorber un poco de sopa, agarrando la taza que le había regalado Olvido y en la que se podía leer con letras rojas «Hoy puede ser un gran día. ¡Bébetelo!». Sonrió. La vida le resultaba muy cínica a veces.

—Tuviste suerte de salvarte de aquel campo de concentración. Eres un bicho afortunado. El Teniente era un hijo de puta, pero le gustabas. A decir verdad, le gustabas mucho más que yo.

—*¡Hijo de puta!*

Jacinto nunca se vendió, a pesar de estar tres años en la tienda piropeando obscenidades a las clientas, o tal vez por eso. Nadie quiso un pájaro con una pata malformada. «No hay mercado de saldo para los animales, como tampoco parece haberlo para las personas», pensó Mauro para sí. Además, transcurrido un tiempo, el loro comenzó a aprender más palabras malsonantes de la cuenta, así como otros alardes inapropiados que, lejos de hacer gracia a la clientela, más bien la espantaban. Así que Jacinto se ganó, por impresentable, el dudoso honor de subir al piso de arriba y formar parte de la familia Santos. Ya tenía dieciocho años, pero teniendo en cuenta que un loro de su especie puede vivir incluso hasta los ochenta, Jacinto era tan sólo un adolescente maleducado al que sería imposible enderezar.

Mauro se terminó la sopa. Le había sentado bien. Cogió aire y suspiró. Se quedó vacío por dentro en un segundo.

—Es el momento —anunció a Jacinto, pero en realidad se lo estaba diciendo a sí mismo.

Después de dejar la taza en el fregadero, volvió al salón y destapó la urna dorada. Dentro había una bolsa negra de plástico bien cerrada. Le pareció una pequeña bolsa de basura, un desperdicio más. Utilizando sus pequeños dedos, los mismos que tecleaban palabras hermosas en su ordenador, abrió la parte superior de la bolsa con tan poca destreza que un poco de ceniza cayó sobre la mesa.

—¡Joder! —maldijo con fastidio mientras sacudía con la mano aquel polvo grisáceo que había caído sobre el mantel. Sintió cierta repulsión. Aquella era la mesa que utilizaba para comer.

Con algo más de cuidado, sacó la bolsa negra de la urna y fue hasta el cuarto de baño, el único que había en la casa, situado justo entre la habitación de su padre y la suya. Jacinto le siguió volando a media altura por el pasillo. La luz del baño era amarillenta y una de las bombillas estaba algo floja. De vez en cuando parpadeaba y los azulejos de la pared, de color azul hospital, adornados con flores rosas, le recordaban a los váteres de los clubes que a veces visitaba.

—*¡Inútil! ¡Mauro, eres un inútil!* —exclamó Jacinto mientras se posaba en el grifo del lavabo.

Levantó la tapa del inodoro y posó su mirada en el agua del fondo. Estaba claro que no era tan hermoso como el mar abierto donde tantos difuntos incinerados eran arrojados con amor por sus

seres queridos en una sentida ceremonia, pero pensó que había cierto equilibrio en lo que estaba a punto de hacer. Algo parecido a la justicia poética.

—Muy bien, papá. ¿O prefieres que te llame «teniente»? —preguntó con hiriente cinismo.

—*¡Arriba España! ¡Viva Franco!* —dijo el loro al escuchar la palabra «teniente».

—Aquí estamos Jacinto y yo, todo lo que has dejado en esta vida. Un loro maleducado y cojo, como tú, y un hijo al que nunca quisiste. Había pensado llamar al obispo para que oficiara una misa de difuntos por tu alma, ¿recuerdas? Pero, pensándolo bien, de nada hubiera servido porque seguro que ya estarás en el infierno. Es más, le habrás pinchado en el culo con su propio tridente al mismísimo diablo. Ese es tu estilo. —Mauro abrió un poco más la boca de la bolsa negra—. ¿Cómo fue aquello que me dijiste de niño? ¡Ah, sí! Los desperdicios van a la basura. Eso fue exactamente lo que dijiste. «Lo que no sirve se tira a la basura»... Pues bien, querido papá, supongo que estarás de acuerdo conmigo en que la mierda se tira al váter.

Y vertió las cenizas de su padre en el inodoro. En un segundo, el agua del fondo se volvió oscura y espesa. Algo de polvo se escapó, volátil, perdiéndose en el aire. Jacinto aleteó con fuerza y una pluma azul se separó de sus alas para caer con cadencia zigzagueante hasta posarse en una toalla que antes había sido blanca. La pluma azul fue lo único colorido de la escena. Después Mauro apretó el botón de la cisterna y lo que quedaba de su padre, un hombre alérgico a los afectos al que se esforzó por querer, fue engullido dando círculos por el váter.

—Finalmente irás a parar al mar, querido padre —murmuró Mauro con frialdad—. Pero me temo que antes tendrás que dar un rodeo.

2

A aquella hora de la tarde, los pasillos de los estudios de televisión estaban tan concurridos como una autopista en hora punta. En Azul TV se emitía en directo un concurso vespertino que consistía en hacer preguntas de cultura general al concursante, mientras este era sometido a todo tipo de situaciones desconcertantes. Se le preguntaba, por ejemplo, por la parte del cuerpo que se había amputado Van Gogh en un ataque de locura, mientras le obligaban a meter los pies en un cajón de metacrilato lleno de ratones. O bien tenía que recitar un poema clásico al tiempo que mordisqueaba una guindilla picante, y todo ello con un tiempo limitado.

El público invitado asistía entusiasmado a aquel circo romano donde el concursante no se dejaba la vida, pero sí algo de su dignidad a cambio de un puñado de euros. La religión del espectáculo tenía muchos adeptos dispuestos a casi todo por un minuto de fama. Todo era colorido y sonoro, casi estridente. Un cóctel excitante para los sentidos y la adrenalina, una droga de consumo masivo con imprevisibles efectos secundarios.

En el plató contiguo todo estaba listo para grabar el programa estrella de la cadena, *A solas con Germán*, con la indiscutible figura del presentador más amado y odiado de todas las televisiones del país, Germán Latorre. El programa se emitía todos los sábados por la noche y había cumplido ya su cuarta temporada, cosechando éxitos de audiencia con los que no podían competir el resto de cadenas.

Germán Latorre era un personaje carismático y con cierto atractivo. Había superado los cincuenta, pero su aspecto físico no lo delataba. De madre judía alemana y padre católico español, a Germán el éxito mediático le llegó casi por casualidad. Había sabido sobrevivir durante muchos años en trabajos precarios como repartidor de pizzas, ayudante de panadero, camarero en una bolera o encargado en un lavadero de coches hasta que, con casi treinta y

cinco años, metió la cabeza en un canal de televisión local como agente comercial. Comenzó grabando sus propios *spots* publicitarios, familiarizándose así con las cámaras, y terminó sustituyendo al presentador del programa magazine de la tarde, después de que este sufriera un grave accidente de coche y la cadena no contara con presupuesto para contratar a otro periodista. Los cuatro meses que duró la sustitución fueron reveladores, ya que el mismo programa, presentado por Germán Latorre, rompió los audímetros. En aquel momento y sin ni siquiera saberlo, había nacido una estrella mediática.

Pronto una cadena nacional se fijó en aquella cara nueva, en su magnetismo, en ese personaje construido, o tal vez improvisado, que era capaz de mantener a cientos de miles de personas pegados a sus sofás durante más de tres horas seguidas y dejándoles con ganas de más cuando el programa llegaba a su fin. Azul TV experimentó primero con su encanto en formatos pequeños y horarios poco arriesgados para la cadena, pero Germán parecía desafiar todos los estudios sobre las audiencias. Su nombre en la cabecera de un programa era una garantía de éxito y su cara ya ocupaba páginas de periódicos y revistas, no sólo por sus logros profesionales, sino también por sus escándalos personales que aliñaban convenientemente la vida del personaje de éxito en el que se había convertido. Por alguna razón, Germán interesaba.

Pero también era denostado por tanta gente como le admiraba. Nunca supo, o tal vez nunca pretendió, encontrar el equilibrio. Eran muchos los que negaban públicamente ser seguidores de Germán Latorre, sin embargo, todos querían sentarse en su sofá el sábado por la noche, en *prime time*, frente al gran Germán para que los entrevistara. Conseguía un efecto hipnótico sobre sus entrevistados. Como si estuvieran ante un confesor, las mayores intimidades nunca antes contadas en público salían por la boca de los famosos que cada sábado por la noche compartían una taza humeante con Germán Latorre. Si no eras invitado al programa *A solas con Germán*, sencillamente, no eras nadie.

—Bonita, échale un chorrito a este hielo. ¿Vale, nena? —le dijo a una ayudante del regidor que pasó por su lado. Germán hizo tintinear los cubitos en un vaso de cristal que antes había contenido ginebra con Coca-Cola, sentado en una butaca de piel y con

unos pañuelos de papel alrededor del cuello para proteger su camisa blanca del maquillaje—. Querida, es para hoy. No tenemos todo el día...

La relación de Germán con las mujeres era de una sola dirección. Germán pedía y ellas otorgaban. Germán deseaba y ellas complacían, sin importar quién fuera ella, porque lo fundamental para Germán siempre había sido quién era él. Alto, rozando el metro noventa, era un hombre interesante y de aspecto imponente. Muy consciente de su atractivo físico y del poder que ejercía sobre el objetivo y sobre la audiencia femenina en especial, nunca faltaba un escándalo sexual en su azaroso currículum. Tenía unos bonitos ojos azules, herencia materna, y una ambición sólo superada por su ego. Pero Germán también tenía claro que sus mejores bazas eran su éxito y su dinero, muy especialmente en aquel momento de su vida, cuando los años comenzarían pronto a arañar su fachada irremediablemente y el trabajo en televisión no iba a durarle siempre, por lo que ansiaba encontrar una nueva zona de confort en la que instalarse el resto de sus días.

—¡Empezamos a grabar en quince minutos!

El director del programa le hizo una señal desde el otro lado del plató dando golpecitos con el dedo índice en su reloj de pulsera. Germán respondió levantando el pulgar y buscando a la joven a la que había pedido su ginebra con cola, sin encontrarla.

Los operarios de luces ultimaban la revisión de los focos. Algo parecía no estar en regla y uno de ellos, con un pesado cinturón armado con herramientas, hurgaba en las entrañas de una lámpara halógena que había en una esquina del plató. El público tomaba asiento en las gradas y dos señoritas les explicaban que debían tener sus teléfonos móviles apagados, guardar silencio y atender a las indicaciones del regidor.

—Aquel señor de allí es el regidor. ¡Saluda, Fredy! —gritó una de ellas. Alfredo levantó el brazo derecho. —Todo el mundo debe estar pendiente de él. Es nuestro director de orquesta, ¿entendido? —Un murmullo generalizado retumbó en aquel espacio diáfano. —¡Bien! Si el regidor dice que se aplauda, todo el mundo debe aplaudir, ¿comprendido? —De nuevo otro murmullo fue la respuesta que la azafata dio por buena. —Y eso es todo. Que disfruten del programa y muchas gracias a todos por venir.

Un técnico de sonido se acercó a Germán para ponerle el micro en la solapa, pero este lo apartó de un manotazo, casi haciéndole caer la petaca de sonido al suelo.

—Espera un momento. Tengo que hacer una llamada y es privada. No quiero que estéis espionando todo lo que digo. Ya sabes que me gusta ponerme el micro en el último momento —masculló con tono de superioridad.

Germán se refugió en su camerino. Cerró la puerta y, cuando se supo a solas, marcó unos números que tenía memorizados pero que nunca había guardado en su agenda de contactos. Pocos segundos hicieron falta para que, al otro lado, una voz apagada respondiera.

—¿Qué tripa se te ha roto? ¿A qué debo el honor de que el gran Germán Latorre me llame?

—No me jodas, Mauro. Te noto muy susceptible. ¿Dónde están los buenos modales de un intelectual como tú? «Buenas tardes» es lo primero que se debe decir cuando un amigo te llama para interesarse por ti —dijo Germán con ironía punzante.

—¡Ah! ¿Ahora somos amigos? Me había perdido esa parte de la historia. Usted perdone.

—Yo no hago negocios con cualquiera, sólo con los buenos amigos.

—Claro, es verdad, ahora se le llama hacer negocios... —repuso Mauro con desdén.

Una voz grave interrumpió la conversación. Alguien dio un fuerte golpe con los nudillos en la puerta del camerino.

—¡Señor Latorre! ¡Faltan cinco minutos para empezar a grabar!

—¡Voy enseguida! —respondió Germán tapando con la mano el micrófono de su teléfono móvil.

—Reclaman a la estrella de la televisión. No les hagas esperar, te debes a tu público —bromeó Mauro con acidez, mostrándose especialmente cínico. No le gustaba aquel tipo, pero había iniciado una relación con él que difícilmente tenía vuelta atrás.

—Lo creas o no, te llamaba para mostrarte mis respetos. Me he enterado de la muerte de tu padre y quería darte el pésame —Germán sonó sincero y al otro lado de la línea hubo unos segundos de silencio.

—Ya. No te preocupes tanto por mí. Estoy bien, tal vez mejor que nunca.

—Vale, me alegra oír eso, en serio...

—No seas condescendiente. No soy uno de los invitados de tu programa a los que tienes que llevar al redil para que te confiesen las miserias de su vida por un puñado de audiencia —señaló Mauro, aunque en el fondo se moría de ganas de serlo, porque eso hubiera implicado que había conseguido el éxito que tanto ansiaba.

—Vale, vale... Ya veo que no es un buen momento para ti. En realidad tampoco para mí. Te tengo que dejar. Hablamos pronto. Tengo que grabar el programa de esta semana —se excusó Latorre molesto y cortante. Mauro lo trataba con un desprecio con el que nadie hubiera osado hacerlo jamás, pero le necesitaba. Se reprochaba a sí mismo no haberle puesto freno a tiempo a esa actitud, pero para cuando quiso hacerlo, ya fue demasiado tarde.

El espectáculo comenzó. La sintonía de cabecera sonó en estéreo y a todo volumen, y una cabeza caliente hizo un barrido de imágenes por todo el plató. Germán abrió el programa con la frase que pronunciaba todos los sábados por la noche para millones de espectadores: «Soy Germán Latorre. ¿Les apetece pasar esta noche conmigo?». Y la magia de colores hizo el resto.

La llamada de teléfono de Latorre le había revuelto el cuerpo. Últimamente, Mauro se encontraba especialmente susceptible y desanimado, pero lejos de disgustarle su estado de ánimo, sabía que cuando se encontraba así escribía sus mejores páginas. Por alguna razón, la infelicidad le inspiraba. Tal vez por eso era tan buen escritor, porque la mayor parte de su vida había sido infeliz.

Ya de niño, cuando en el colegio todos jugaban al balón o a cazar bichos en el arenal donde los preescolares hacían castillos con palas y cubos de plástico multicolores, Mauro buscaba acomodo debajo de la copa de un árbol y leía libros de la biblioteca del colegio. Muchos de ellos casi no habían sido prestados antes. Lo sabía porque, cuando la señorita Aurelia los sacaba de la estantería, estaban forrados por una espesa capa de polvo que, de tan gruesa que era, ella prefería limpiarla con un trapo antes que soplarla. Debía de ser alérgica a los ácaros porque estornudaba mucho cuando lo hacía. Después, ya en sus manos, comprobaba que apenas había alguna anotación en la parte interior de la solapa, en

esa pegatina que ponían para apuntar las fechas de préstamo. Casi todos los libros que Mauro escogía estaban vírgenes, marcados sólo por el sello del colegio con tinta azul que el tiempo se había encargado de desdibujar. Eso le hacía sentirse un poco especial.

Olvido iba a su mismo curso. La conoció en cuarto de primaria, cuando se mudó a vivir a su misma calle. Como llegó a mitad del curso escolar, le costó un poco adaptarse porque el resto de las niñas parecían observarla como a una intrusa que debía ganarse el privilegio de formar parte de la pandilla. Las chicas ensayaban bailes en el patio. Ponían música de la que sonaba machaconamente en la radio, grandes éxitos pegadizos, y movían sus cuerpos prepúberes como las estrellas del pop hacían en la televisión. Sin embargo, aquella sensualidad ensayada pasaba desapercibida a los niños, que preferían un balón o intercambiar cromos de los jugadores de la Liga de fútbol, que coleccionaban como un tesoro. Salvo Mauro, que nunca encontró ni belleza ni equilibrio en el deporte que tanto gustaba a los demás niños. Él prefería correr detrás de las palabras y perderse en universos paralelos que le ayudaran a escapar de su realidad.

Uno de los primeros días de Olvido en el colegio, Mauro la vio deambular sola por el patio buscando un sitio que nadie parecía haber reservado para ella. Mauro recordaba muy bien aquel momento; lo había conservado nítido en su memoria para rescatarlo cuando lo necesitara, y lo necesitó muchas veces en su vida. Olvido sujetaba un trozo de bocadillo a medio comer en una mano, y algo despeinada, iba de aquí para allá mirando al suelo. Parecía estar buscando algo que había perdido. Olvido tenía una melena castaña que le llegaba hasta los hombros y un mechón le caía sobre la cara y le obligaba a retirarlo constantemente detrás de su oreja. Su madre siempre le ponía una horquilla para sujetarlo, pero su cabello era tan fino y tan lacio que, a la hora del patio, la mayoría de veces la horquilla ya se le había escurrido.

Era un día de primavera y la mimosa bajo la que Mauro estaba leyendo había florecido. El intenso amarillo eclipsaba cualquier otro color. Algunas de las flores se habían desprendido y habían quedado dispersas por el suelo de hormigón gris. Parecían pinceladas de Monet hechas con la maestría de la que sólo la Naturaleza es capaz. De repente, Olvido llegó corriendo hasta donde él estaba. Se agachó a la altura de sus zapatillas e hizo como que cogía algo del suelo.

—Estaba escondida debajo de tu pie. ¿Tú lo sabías? —preguntó mostrando la horquilla que simuló que acababa de encontrar. Mauro enrojeció. Había mirado de reojo a la niña nueva, le gustaba, pero no sabía cómo hablarle. Se limitó a negar con la cabeza—. ¿Qué estás leyendo? ¿Puedo? —Y, sin esperar respuesta, Olvido se sentó a su lado mientras se volvía a sujetar el rebelde mechón de su cabello con la recién encontrada horquilla. Sin que Mauro dijera ni una palabra, pasaron todo el recreo bajo la mimosa en flor, con la compañía de los poemas de Gloria Fuertes. Olvido leía en voz alta y Mauro la miraba fascinado al descubrir que los versos alcanzaban la perfección en su boca.

En aquel momento Mauro se enamoró de Olvido Valle. No fue consciente de ello hasta años después, pero sí supo que lo que sentía por ella era algo distinto a lo que antes había sentido por nada ni por nadie. Parecía como si todas las mariposas y abejas que pululaban por las flores de la mimosa cada primavera se le hubieran metido de golpe en el estómago y, cada vez que la miraba, aleteaban con fuerza produciéndole unas cosquillas asfixiantes. Había leído que algo parecido era el amor. Sus vidas se unieron para siempre por aquella horquilla escurridiza. Tal vez nunca cumpliera demasiado bien el cometido para el que había sido diseñada, pero había servido para que sus almas nunca más se separaran desde ese preciso instante. Aquel día, Mauro Santos le dijo a Olvido Valle que de mayor sería escritor, un escritor famoso, y que vendería millones de libros en todo el mundo.

—*¡Mauro! ¡Inútil! ¡Eres un inútil!* —gritó Jacinto tras sus barrotes. Estaba aburrido y quería hacerse notar.

—*¡Está visto que hoy no me vais a dejar escribir! ¡Está bien!* —exclamó disgustado, y cerró el portátil de un manotazo.

Le abrió a Jacinto la puerta de la jaula, encendió la televisión para que el sonido les hiciera compañía y le obsequió con un trozo de manzana. Era la fruta preferida del loro. Cada que vez que Mauro o Cristina le daban un trozo, Jacinto silbaba de contento.

Después, sin ni siquiera cambiarse las zapatillas de estar por casa, bajó a la librería. Con la enfermedad y posterior muerte de su padre, hacía semanas que no la había abierto al público, y el

negocio de la venta de libros de un pequeño librero como él no podía permitirse estar cerrado ni un día más. Bajó por la escalera interior que comunicaba su casa con la tienda y accedió por la puerta de atrás.

La librería estaba a oscuras. Ya había anochecido y la persiana de metal de la puerta principal apenas dejaba pasar la luz; lo justo para que el escaparate de cristal permitiera asomarse y ver las novedades editoriales que estaban expuestas. Hacía frío, así que estiró las mangas de su jersey para que le cubrieran las manos. Mauro dio la luz principal. Un tubo fluorescente con los bordes oscuros titubeó antes de encenderse definitivamente y dejar al descubierto los cadáveres de algunos insectos atrapados en el cristal del plafón. Al verlos pensó que, a veces, buscar la luz también puede matarte. Un puñado de cartas asomaban amontonadas por debajo de la puerta. Las recogió y, como si fueran cartas de una baraja, comprobó una a una que, efectivamente, ninguna era personal. Las tripas de todas ellas eran facturas, fríos números de color rojo consecuencia de unas ventas exiguas en los últimos meses. El negocio agonizaba devorado por grandes superficies y un mercado globalizado.

A Mauro le pareció que llamar a su librería Calderón 17, por estar ubicada en ese número de la calle en honor al escritor del Siglo de Oro, resultaba de lo más apropiado. Era una librería vieja Y aún conservaba por los rincones el olor a pienso de animales y a desinfectante mezclado con heces que se le había quedado para siempre grabado en la pituitaria. A menudo se preguntaba si los clientes percibían también el fétido olor de lo que había sido o si, por el contrario, era cosa de su mente. A veces Mauro escogía un libro al azar. Tomaba uno cualquiera de una estantería y lo abría para oler sus páginas. Lo hacía con los ojos cerrados, como se huelen las cosas bonitas, para atrapar ese aroma que le evocaba otras vidas, otros colores, otros sueños. Pero a él se le antojaba que el olor de los libros no había podido instalarse definitivamente en aquel local. Estaba de prestado, como parecía estarlo también él.

Al ver el mostrador y la caja registradora cubiertos por una fina capa de polvo no pudo evitar recordar a la señorita Aurelia y sus estornudos. Sonrió con nostalgia y una punzada de tristeza y desánimo lo invadió. Y es que allí, rodeado de libros, era cuando más claro tenía que no todos los sueños de la infancia se cumplen y que,

a veces, nos persiguen a lo largo de los años, sin desfallecer, insistentes e incansables, simplemente para hacernos infelices, para recordarnos que estamos hechos de fracasos y frustraciones más que de sueños cumplidos.

Se giró. Justo en la estantería principal, con la que se topaban todos los clientes nada más entrar, hacía ya tres años que cinco ejemplares de su única novela publicada aguardaban pacientes a que alguien curioseara su portada, la sinopsis, la fotografía del autor o, tal vez, incluso se aventurara a leer alguno de sus párrafos para quedar atrapado irremediablemente entre sus páginas. Pero en tres años nadie había posado ni un segundo sus manos curiosas en su novela; nadie había preguntado quién era Mauro Santos, ese autor que unía las palabras con la maestría de quien borda tapices y la sencillez de quien hilvana sin mirar la tela. Su ópera prima, *Perdóname si tal vez no te lo dije antes*, ya era una historia más que había quedado atrás, rezagada y olvidada en el intrépido mundo editorial. Ya no estaba en ningún catálogo y ninguna reseña la evocaba para darle un poco de aliento. *Perdóname si tal vez no te lo dije antes* era una historia agonizante que empezó a apagarse al poco de nacer, llevándose consigo la esperanza de su autor, una mente tan brillante como desaprovechada. Tras mucho esfuerzo y sinsabores, Mauro Santos había conseguido, por fin, la difícil tarea de dejar de ser un autor novel para pasar a ser algo peor: un autor olvidado al que ningún otro editor había vuelto a prestar atención. Mauro había tocado con la punta de los dedos el cielo, sin dejar de pisar el infierno.

Pero Mauro nunca había dejado de escribir a pesar del desaliento. Su cabeza no podía dejar de inventar historias. Sus personajes brotaban como las flores en primavera sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Ocurría porque tenía que ocurrir. Vivía a través de sus palabras y respiraba en los espacios en blanco que había entre ellas. Olvido siempre le decía que tenía un don y que, quien nace con un don, debe actuar con sentido de la responsabilidad. Pero a Mauro le parecía que en realidad era un regalo envenenado del que no podía deshacerse y al que nadie más que ella prestaba atención.

«Escribe para mí. No dejes nunca de escribir», le dijo un día. Lo que Olvido no sabía era que todas las palabras que había escrito

desde el instante en que la conoció estaban pensadas para ella. «Algún día alguien se dará cuenta de lo hermoso que lo cuentas todo y te publicará una gran editorial. Millones de personas se emocionarán con tus letras en todo el mundo como me emocionó yo. Estoy segura de que algún día ocurrirá. Ten fe, Mauro. No te desanimes...». Le pedía demasiado. Mauro ya no tenía esperanza y hacía mucho tiempo que se le había caducado aquel sueño que empezaba a pudrirsele por dentro. «¡Mírame!», le dijo cuando él escapó huido del entusiasmo de su mirada. Tenía miedo de volver a contagiarse con ese virus llamado ilusión que tanto daño le había hecho ya. Sentía terror de volver a caer en ese pozo. «El talento es como la luz del sol, Mauro, no se puede tapar con un solo dedo, y tú tienes muchísimo talento. La vida te dio ese don para algo, ¿no lo has pensado nunca?». Olvido le sujetó la cara con ambas manos, con la sutileza de quien sujeta algo muy frágil. «La mayoría de la gente tiene un mundo gris en su cabeza y, sin embargo, tú eres capaz de crear vida, amor, pasión, dolor, risas... Eres capaz de erizarme la piel sin tan siquiera tocarme, Mauro...». Sintió agujas en el estómago al escucharla. ¿Acaso debía sentirse reconfortado? Estremecía a la mujer que amaba sin rozarla, ni besarla, ni poder oler la calidez de su piel, cuando hubiera cambiado todo su talento por un solo beso de sus labios. ¡Qué irónico! ¿Acaso existía una tortura más cruel en el mundo?

Cogió de la estantería un ejemplar de *Perdóname si tal vez no te lo dije antes* y lo observó una vez más. Era un libro pequeño, editado con escaso presupuesto por Ediciones LIG, una empresa familiar de los hermanos Gil, de ahí su nombre, invirtiendo las letras de su apellido. Los hermanos Gil no entendían de libros, ni siquiera los amaban, y tampoco les importaba lo más mínimo. No habían puesto en su obra ni una ínfima parte del amor que él había invertido en escribirla. Comerciabán con la ilusión de escritores que, como él, hubieran hecho cualquier cosa por ver su obra publicada y dispuesta en las mejores librerías del país al alcance de los lectores. Eran carroñeros del talento de otros, piratas con bandera negra que se hacían llamar editores, navegando al asalto en el inmenso océano de la literatura. Trileros de tres al cuarto. Mediocres con trajes caros que pensaban que todo se podía comprar, una mentira que se habían esforzado en diseñar para que resultara convincente.

Y Mauro fue una más de sus víctimas, aunque no la única. Nadie de la profesión les conocía, nadie con prestigio había oído hablar de ellos, y en los corrillos literarios el nombre de Ediciones LIG jamás fue pronunciado. Todo en Ediciones LIG era una fachada bien construida que, a poco que rascaras, se descascarillaba. Pero para cuando Mauro quiso darse cuenta del engaño ya era demasiado tarde. Tuvo la mala fortuna de toparse con ellos en el inicio de su carrera. Les entregó su primera criatura como quien entrega un hijo a un proxeneta creyéndole una buena persona. Y todo se fue al carajo. Los hermanos Gil se quitaron pronto la máscara, en cuanto Mauro les cedió los derechos de su primera novela. Apenas se imprimieron un millar de ejemplares y *Perdónname si tal vez no te lo dije antes* nunca estuvo en las librerías con las que siempre había soñado, excepto en la suya. Estuvo obligado por contrato a comprar la mitad de la tirada, de la que apenas pudo vender una veintena de libros, y jamás recibió ni un solo céntimo de Ediciones LIG. Los hermanos Gil hicieron un negocio redondo y la carrera literaria de Mauro quedó frustrada desde su inicio.

Le vibró el teléfono móvil, que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón. Volvió a colocar su novela en la estantería y atendió la llamada. Sintió una bocanada de aire fresco al escuchar la dulce voz de Cristina.

—Hola, tío Mauro. Soy yo, Cris. Sólo llamo para darte las buenas noches y desearte dulces sueños. Dale las buenas noches a Jacinto de mi parte.

—Que tengas tú también dulces sueños, mi niña —dijo Mauro con toda la ternura de la que fue capaz.

—Te paso a mamá. Un beso de chocolate. —El sonido de una pequeña explosión hecha con los labios le supo a Mauro efectivamente como el más dulce de los chocolates.

—Te he llamado a casa y no estabas. Estaba preocupada —explicó Olvido.

—Tranquila, estoy bien. He bajado a la librería. Mañana abriré. Hay muchas facturas por pagar. Además, me han llegado esta mañana los libros de Germán Latorre y la editorial ha contratado todo el escaparate para él. Quería dejarlo todo preparado.

—¡Uf! No puedo con ese tipo. ¡Está enfermo de ego! Como no tenía suficiente con ser uno de los presentadores mejor pagados de

la televisión, ahora le da por publicar novelas. Se las da de literato... Se me llevan los demonios al ver lo fácil que lo tiene sólo por ser famoso y, sin embargo, tú... —Se calló. No quería decir algo que pudiera herirle, pero no hacían falta las palabras de Olvido para eso, el daño ya estaba hecho—. Ese tipo es un impresentable y todos le bailan el agua. Vende libros porque pone su nombre en la portada, nada más. Y encima las editoriales se lo rifan. ¿Dónde ha quedado la buena literatura?

—Pues escribe muy bien, deberías leer su última novela. Toda la crítica habla maravillas de su estilo.

—¡Me niego! —exclamó Olvido, ofendida—. No entiendo cómo puedes defenderle. ¿Cuántas novelas ha publicado ya?

—Esta es la segunda —repuso Mauro mientras rasgaba con un cúter el embalaje de una caja que había recibido por la mañana. Eran los libros de la última novela de Germán Latorre.

—Es puro *marketing*. Parece mentira que tú precisamente no sepas cómo funciona este negocio. Su nombre de famoso, una promoción bestial, el soporte de la televisión, la foto en la contraportada y ya tienes las colas de todas las *fans* en sus firmas de libros. ¿Qué más da lo que haya escrito? Será el libro más vendido, pero apostararía mi fortuna a que esos que lo compran ni siquiera pasan del capítulo uno.

—Puede ser, pero te digo yo que el tipo es bueno —insistió Mauro—. Te voy a regalar su novela, pero me tienes que prometer que la leerás sin prejuicios.

—No sé si tengo tiempo para perderlo con ese imbécil, la verdad, pero si tú me lo pides, intentaré buscar un hueco. Aunque estoy segura de que no me hará cambiar de opinión. Ese tipo es un idiota y los idiotas sólo pueden escribir idioteces.

Después de colgar, Mauro vació las dos cajas de cuarenta libros cada una. Tenía la certeza de que, aunque eran muchos libros para su pequeña librería, los vendería sin mayor dificultad. Latorre era la sensación literaria de la temporada tras el bombazo mundial de su primera novela. Incluso algunos clientes habituales habían reservado ya su ejemplar.

Le gustó la edición, cuidada y exquisita, con tapas duras. El título, *El primer paso*, estaba escrito con letras doradas, pero de un tamaño más pequeño que su nombre, Germán Latorre, impreso en

negro y ocupando la mayor parte de la portada. Hacía ya meses que se hablaba en los dominicales y las revistas culturales de la esperada segunda novela de Latorre. Su primera obra, *Más allá del horizonte hay vida*, había vendido más de un millón de ejemplares, se había traducido a treinta y siete idiomas, y ya tenía los derechos vendidos para su adaptación cinematográfica. Los críticos habían sido algo escépticos al principio, pero Latorre sorprendió por «su brillantez, el equilibrio de su sensibilidad, que en ningún momento roza lo almirado, su exquisito estilo y la calidad de una trama tan bien planteada como resuelta». Halagaron también la psicología de los personajes, que parecían «sacados del álbum familiar del autor» y así, casi sin pretenderlo, como un Midas de las letras, la estrella mediática fue elevada a los altares intelectuales como una de las grandes plumas del país y las mejores editoriales comenzaron a rifarse los derechos de sus siguientes novelas.

Mauro vació el escaparate y, con sumo cuidado, empezó a prepararlo para exponer *El primer paso*, de Germán Latorre, como la obra de arte que todo el mundo consideraba que era. Desplegó un enorme póster del autor que le había enviado la editorial. Era la misma fotografía que ocupaba la contraportada de la novela. Germán aparecía con sonrisa cautivadora pero ensayada, discreta, y una corbata azul cielo sobre traje gris perla. Lo colocó sobre un soporte y después hizo pequeñas hileras con los ejemplares encima de una tela de raso negra que daba empaque a la composición. No pudo evitar sentir una punzada de orgullo al contemplar ese pequeño altar que él mismo había montado para exhibir el libro que firmaba otro, pero que él había escrito. Aquella era su novela, aunque nadie más, excepto Latorre y él, lo supieran; a pesar de que el mundo entero estuviera ciego y leyera con ferviente admiración una mentira. Tampoco pudo evitar sentirse miserable por haberse prostituido por un cheque de cinco cifras. Sucio y vendido como una puta. Por haberlo hecho, además, de manera reincidente. Por tropezar por segunda vez con la misma piedra. Las dos novelas que Germán Latorre había publicado pertenecían a la pluma de Mauro Santos, obras que habían sido rechazadas decenas de veces por otros tantos editores. Quizá por eso había decidido un día vender su talento por algo tan frío como el dinero y ahora, la calidez de los aplausos, el reconocimiento, las miradas

de admiración, el sabor de los lectores... Todo lo que para un escritor no tiene precio pertenecía a Germán Latorre, y el arrepentimiento le pareció un sentimiento del todo inútil. Se compadeció de sí mismo. Se dijo que era un ser patético y ruín, y que si todavía le quedaba un poco de dignidad, debía hacer algo para devolver el equilibrio a aquella situación. Pero la mentira había crecido tanto que Germán le parecía ya un monstruo invencible, un callejón sin salida del que no sabía de qué manera escapar.